

La cruda

Luis Rubio

“De los americanos -Churchill supuestamente dijo-, siempre se puede esperar que harán la cosa correcta... luego de haber extenuado todas las demás posibilidades”. ¡Y vaya que han hecho su mejor esfuerzo! En el contexto estadounidense, Obama y Trump estiraron la liga al máximo, en direcciones opuestas, polarizando a la sociedad americana y acentuando las líneas de quiebre que ya existían, alimentando odios y otras pasiones. Aunque Biden ha sido declarado ganador por los medios, Trump no lo ha reconocido, lo que deja en un limbo el proceso.

Trump no ha sido un presidente prototípico. Su carta de presentación, desde la campaña de 2016, fue la de un rebelde que no se apegaría a norma alguna. En lugar de sumar, se dedicó a restar y en vez de procurar resolver, se dedicó a atacar. Como presidente ha sido impresentable, pero nadie le puede negar el mérito de haber avanzado la agenda que prometió en materia fiscal, regulatoria, ambiental y comercial. Puede uno coincidir o no con su forma de ver al mundo, pero no se le puede negar consistencia con su electorado. Para el resto, como dicen en otros lares, al diablo con sus instituciones.

Biden no fue el candidato más atractivo o dinámico que existía, pero fue el único que pudo unificar a su partido para esta contienda. A pesar de sus obvias limitaciones, las circunstancias no podían ser mejores para su ascenso: la crisis del covid so-cavó el principal activo con que contaba Trump -el crecimiento acelerado de la economía, del empleo y de los salarios- y la prensa no pudo haber sido más benigna con él. Como presidente, tendrá que lidiar con un panorama político complejo, comenzando por su propio partido, que se ha desplazado hacia la izquierda de una manera que atemorizó a buena parte del electorado, incluso el propio.

El Partido Demócrata no sólo se ha movido a la izquierda, sino que, en los últimos meses, produjo movimientos violentos y destructivos en las calles de múltiples ciudades. Biden fue incapaz de deslindarse de éstos, lo que sin duda incidió en su voto: ante ese panorama, muchos votantes independientes, de quienes depende el resultado, corrieron de regreso a Trump. Además, la incipiente recuperación de la economía y del empleo, luego del bajón del principio de año, le permitió a Trump argumentar que su estrategia permanecía vigente. Aunque las encuestas seguían mostrando alta probabilidad de un triunfo para Biden, el margen se fue cerrando en los últimos días.

Biden no era el candidato natural de su partido. Resultó nominado precisamente porque no amenazaba a ninguno de sus componentes. Biden emergió como candidato porque el establishment del Partido Demócrata reconocía que Bernie Sanders, el favorito de los progresistas, no tenía po-

sibilidad alguna de ganar porque la mayoría del partido sigue siendo moderada. Aun así, es evidente que todo ese empuje fue insuficiente para lograr una victoria decisiva. Trump sigue teniendo una base sólida y, a pesar de sus malas formas, muchos demócratas e independientes temen más el avance de las iniciativas de los progresistas que la intemperancia del hoy presidente.

La carta principal de Biden era muy simple y evidente: no es Trump. El enorme rechazo que genera Trump bastó para que Biden navegara con tranquilidad a lo largo de los meses de campaña. Como presidente, tendrá que contender con la realidad de un país por demás dividido, caracterizado por posturas extremas y un desprecio entre los votantes con preferencias partidistas opuestas. Y eso sin contar las enormes diferencias entre agendas y expectativas que existen dentro de su propia coalición.

Lo fascinante del escenario norteamericano es la insularidad de los dos mundos que lo caracterizan. Los habitantes de las costas suelen tener una visión optimista del mundo, una estructura de empleos (e ingresos) cada vez más ligada a la economía de la información y una propensión a europeizar su sistema de salud, pensiones y otros servicios provistos por el gobierno. Por su parte, los habitantes del medio oeste, sobre todo del llamado “cinturón oxidado”, que incluye a las regiones mineras tradicionales, viven en la precariedad, el pesimismo y la falta de oportunidades que la transformación económica y tecnológica del mundo les ha negado. El contraste en la calidad de la educación entre ambas regiones es pasmoso. Obama privilegió a los primeros, Trump a los segundos. Ambos polarizaron a los ojos de sus opuestos, llevando a las tensiones que se expresaron en la elección de esta semana.

Lo impactante de esta elección no es el resultado inmediato, sino su dinámica. Lo que parecía un triunfo no solo seguro sino arrollador acabó en un virtual empate. El margen de maniobra del nuevo presidente será limitado, dependiendo mucho de cómo concluya el Senado. Trump no tendría problema con un escenario como ese, pues su único objetivo sería perseverar en una agenda divisiva. Biden, en cambio, tendría que buscar una forma de trabajar con sus contrapartes republicanas para construir terreno común que permita restaurar una semblanza de orden, institucionalidad y paz interna. Lo bueno de eso es que empata perfectamente con su personalidad y le permitiría dejar a un lado a la base progresista que tanto daño le hizo en esta elección.

ÁTICO

La elección de EUA mostró que Trump tiene una base sólida; también que el ala izquierda demócrata atemoriza a parte del electorado.

@lrubiof

Unas elecciones en cámara lenta

José Antonio Sánchez Cetina

Más allá del revuelo porque parece una elección presidencial consumada —aunque los días venideros todavía se pueden alocar—, el mundo festeja casi como unas elecciones propias.

mismo. Uno puede entender que la elección anterior quizá respondió en algún sentido al voto de apostarle a lo desconocido. Después de todo, el actual presidente jugó esa carta del hombre de negocios que no pertenecía a ese mundo de la política tan conocido y criticado. Pero después de cuatro años al mando, la sorpresa se disipó y casi la mitad del país pidió otros cuatro años más de esto.

Esa pantalla que todos hemos visto hasta el hartazgo desde el martes con un mapa pintándose únicamente de dos colores se me antoja una viñeta no sólo del Estados Unidos de estos tiempos, sino del mundo polarizado que nos hemos construido. Lo expone con mucha más vehemencia Pankaj Mishra en La edad de la ira, donde cita ejemplos como el Brexit y el encumbramiento de líderes radicales y populistas como reflejo de un mundo que, como si fuese programado por computadora, no admite más que una respuesta binaria: uno o cero, melón o sandía.

El mundo respira aliviado hoy, porque la cara electoral de la democracia parece seguir funcionando. Y aunque todavía hay un demonio de días entre hoy y el veinte de enero, la esperanza está puesta en ese pedazo de la democracia como las pinzas que, por ahora, cortan el cable rojo de ese polvo que se ha vuelto más explosivo en todo el mundo en los últimos años. México no tendrá atorado en la identidad un complejo problema de racismo sistémico en los mismos términos que Estados Unidos, pero aquí y en muchos otros lugares hay diferencias socioeconómicas agudísimas y grupos que se piensan irreconciliables. Cuando barremos las calles después de la fiesta, habrá que pensar en cómo remendar la máquina de la democracia para que siga siendo la institución que permite la pluralidad, admite las diferencias y resuelve en el resultado más conveniente para todos. Semejante idea.

El nuevo patriotismo comercial de EUA

José Ignacio Martínez Cortés

En el próximo lustro se impulsarán estrategias para que crezca la economía a través de fomentar su mercado interno bajo medidas fiscales y adopción de barreras arancelarias.

La pandemia provocada por el coronavirus SARS-CoV-2 ha provocado enormes estragos en la salud de la economía mundial que este año tendrá un comportamiento de -4.4%, en tanto que la economía de Estados Unidos caerá 4.3% esperando una mejoría de 3.1% para 2021.

No obstante, para que vuelva a crecer la economía estadounidense, el nuevo presidente impulsará la producción del mercado interno a través de incentivos a las empresas apoyando la producción y con ello fomentar empleo impactando en la recaudación fiscal.

En el próximo lustro, desde la Casa Blanca se impulsarán estrategias para que crezca la economía a través de fomentar su mercado interno bajo medidas fiscales y adopción de barreras arancelarias, para ello el presidente número 46 utilizará el marco jurídico para impulsar una política proteccionista causando fuertes estragos en la economía mundial y el comercio internacional.

A través de su política económica, el nuevo presidente impulsará una política comercial acorde a la estrategia de seguridad nacional. Ante este embate, es preciso conocer el marco jurídico comercial que Washington empleará para ejecutar su política de nacionalizar la globalización a través del patriotismo comercial:

1. En su preámbulo, la Constitución de Estados Unidos en aras de su pueblo vela por la tranquilidad interior, promueve el bienestar general y asegura la prosperidad.

2. El Artículo 1 (Sección 8) la Constitución faculta al Congreso para establecer aranceles y regular el comercio con las naciones.

3. Buy American Act (1933, 2010): la utilizará el nuevo presidente para respaldar la compra de productos de fabricación estadounidense sobre los extranjeros.

4. La Ley de Seguridad Nacional de 1947 permite establecer aranceles a los países que atenten contra la seguridad de EUA.

5. Con La Ley de Expansión del Comercio Exterior de 1962, el Congreso establecerá un mecanismo interinstitucional de política comercial para prestar asistencia a la Representación Comercial de EUA (USTR, por sus siglas en inglés) en el desempeño de esas responsabilidades.

Los Estados Desunidos de América

Guadalupe Galván

Kamala será una figura clave no sólo para inyectarle energía a un Biden que se convertirá en el presidente más viejo, sino porque deberá proyectar una imagen de prescindible.

Sería más fácil con un Senado dominado por los demócratas, pero eso es algo que no se sabrá hasta enero, cuando se definirán algunas segundas vueltas. Y es allí donde se confirman miembros del gabinete presidencial. Trump le hereda, además, una Corte Suprema a modo, con seis de nueve jueces inclinándose hacia el lado conservador. Tres de ellos fueron designados por el mandatario, para cargos que son vitalicios.

Consciente del desafío, en su primer mensaje tras ser proyectado por las principales cadenas de medios estadounidenses como el próximo presidente de Estados Unidos, Biden lanzó, igual que ha hecho en los últimos días, un mensaje de unidad, subrayando que no va a gobernar para los demócratas, sino para todo el país, para los que votaron por él tanto como para los que no.

Sabe, también, que una buena parte de los votos que consiguió no fueron para él, sino en contra de Trump. Pero unir al país, a la vez que combate los estragos de una pandemia mal manejada e intenta impulsar la economía, es una tarea titánica. Más cuando él se ha definido como un “presidente de transición”, que sólo estaría un periodo en la Casa Blanca, para allanar el terreno a alguien más.

Su compañera de fórmula, Kamala Harris, será una figura clave no sólo para inyectarle energía a un Biden que se convertirá en el presidente más viejo que llegue a la Casa Blanca (tiene 77 años), sino porque deberá proyectar eficazmente una imagen de prescindible. Biden tiene décadas de experiencia política pero para el desafío que le espera debería contar también con el cierre de filas que hicieron en torno a él los demócratas en las primarias. No es algo que pueda darse por sentado. Una parte importante del Partido Demócrata es la izquierda progresista que encabeza Bernie Sanders, que querrá su cuota tras el triunfo del exvicepresidente. Si logran mantener la unidad, quizá puedan realmente echar a andar el camino para unir, también, a los Estados Desunidos de América.